

escala. Su búsqueda de espacios autónomos de poder y su voluntad de control (que no ocupación) del territorio eran elementos necesarios en la reorganización tanto militar como política y administrativa del carlismo. Pero además —y esta es la faceta más novedosa y sugerente del libro, en la que el autor aporta un examen muy detallado—, las partidas aparecen como catalizadoras de las secuelas sociales y políticas (bandidaje, contrabando, clandestinidad, emigración) que trae aparejado todo conflicto civil prolongado. Anguera constata la mezcla inextricable del bandolerismo y la reivindicación política en las actividades de las partidas, que fluctuaban sin excesivo esfuerzo desde los hechos bélicos hasta el bandidaje puro y simple (exacciones para financiar la guerra, pero también para labrarse una fortuna personal). La partida era una respuesta desesperada contra el aislamiento político y la marginalidad social. En muchos casos se ingresaba en ella para huir del servicio militar o por una soldada que aliviase los largos períodos de paro estacional. De ahí que, en ocasiones, las partidas fueran también el reflejo, espontáneo y poco articulado, de luchas populares como la rebeldía contra las quintas o la protesta contra el deterioro de la situación económica. Pero, en otros casos no se ingresaba en las bandas por voluntad de protesta social, sino por mercenarismo, afán delictivo, especulativo o para burlar la persecución del Estado por pequeños o grandes desmanes. La persistencia de este fenómeno dependía de la resolución de los problemas políticos y sociales planteados, pero también de la implementación de medidas paliativas de las situaciones personales de los exiliados, como las amnistías e indultos que podía otorgar el Gobierno y la Corona.

A pesar de que se echa de menos un resumen conclusivo (según el prólogo, el libro se presenta como primera entrega de un trabajo más amplio, donde tendrá cabida el análisis de los móviles de actuación del bando liberal y las repercusiones exteriores del conflicto), el trabajo de Anguera resulta sumamente estimulante por su eficacia a la hora de desmontar viejos mitos heroicos de la guerra civil en Cataluña, y desentrañar en toda su complejidad la característica vinculación entre los sectores sociales depauperados (campesinos sin tierras, obreros en paro) y ciertos grupos al margen de la legalidad (bandoleros, contrabandistas, etc.) con el carlismo. Como evocaba Marliani (y cita Anguera en p. 213), la facción «*se componía en su mayor número de hombres forzados por el hambre a recurrir a tan desesperado arbitrio [...] La desesperación los lanzó al crimen, la desesperación los mantuvo en él*».

Eduardo González Calleja

AROSTEGUI, J., *La investigación histórica: teoría y método*, Crítica, Barcelona, 1995.

Podría decirse que este libro es un producto de lo que se ha dado en denominar crisis de la historia. El mismo autor señala que es en épocas de di-

ficultad para una disciplina cuando se produce un florecimiento de escritos de orden teórico y metodológico como el que tenemos entre manos. Es esa coyuntura particular la que impulsa a los historiadores a sacudirse su tradicional pereza teórica y permite la aparición de textos que a pesar de ello cabría calificar de atípicos y más en el panorama editorial de nuestro país. El propósito de Aróstegui es el de contribuir al progreso de la disciplina, que razonadamente denomina historiografía, con una reflexión poderosa que busca superar las constricciones impuestas por la posmodernidad, aunque sean éstas las que a la postre limiten las indudables bondades de su escrito, y que quiere, además, eliminar las inercias de una disciplina muy lastrada por su nacimiento en las afueras de las demás ciencias sociales.

Superar el estado actual de disgregación de los fundamentos de la historiografía exige según el autor atacar el problema desde la propia formación que reciben los historiadores, por ello se dedica el libro a los estudiantes de historia y también por ello, probablemente, adquiere éste la estructura de un manual. Las carencias más importantes que Aróstegui detecta en la enseñanza que reciben los futuros profesionales de la historia se refieren a la «nula» preparación teórica y científica de los mismos y al también inexistente adiestramiento en el oficio de desentrañar la historia. Para contribuir a solventarlas divide Aróstegui su libro en tres partes fundamentales: en las dos primeras, dedicadas a dotar de un soporte teórico a la disciplina, analiza los condicionantes principales del conocimiento histórico, que cabe resumir en las dificultades de acceso a un conocimiento histórico y a una representación del mismo reputados como verdaderos. La tercera parte se centra en introducir los rudimentos del método y las técnicas de investigación histórica.

Todo este esfuerzo cuenta con una particularidad que lo distingue de otros empeños semejantes y es el de que se realiza desde la historiografía, y no partiendo de la filosofía de la historia por ejemplo, lo que supone adecuarse más perfectamente a las necesidades de la disciplina y contar con sus fortalezas, al tiempo que reivindicarla; pero, añadiríamos nosotros, también obliga a arrostrar sus debilidades. Si uno de los empeños de Aróstegui era el de mostrar que una tal reflexión era posible creemos que lo ha logrado por entero o, lo que es lo mismo, hasta el extremo que era dable en el actual momento de la cultura. Sin embargo, un trabajo tan ciclópeo como el de poner sobre bases firmes la práctica de la historia probablemente no es alcanzable tan sólo desde la historiografía. Se hace preciso el concurso, junto con ésta de otras formas de conocimiento como puedan ser la filosofía o el arte.

Aróstegui quiere reorganizar la historiografía para que ésta sea capaz de producir explicaciones teóricas del movimiento histórico. Concibe, pues, un objetivo largamente perseguido y que ha caracterizado en buena medida a la modernidad. Comparte con ella la idea de totalidad, que, matiza, no contiene el conjunto de los hechos históricos sino una representación de los mismos construida por el historiador. Afirma, pues, la posibilidad de elaborar un discurso de la totalidad de la historia que debería evitar, no obstante, las expli-

caciones teleológicas. Un discurso semejante sólo podría construirse desde la voluntad de hacer de la historiografía una práctica científica. Por esto, una parte importante del libro se dedica a debatir el estatuto científico de la disciplina con el propósito de hacer de ella una más dentro del conjunto de las ciencias sociales.

«La idea de una historiografía-ciencia —se reconoce en un pasaje del libro— ha perdido, a finales del siglo xx, gran parte de su fuerza y atractivo». Esta afirmación, que resulta crucial para el propósito del autor, contiene una realidad que no se explica a nuestro juicio de forma enteramente satisfactoria, por más que el libro destaque por enfrentar decididamente las cuestiones más candentes para la historiografía. Aunque se estudia la etapa de florecimiento de la investigación histórica posterior a la Segunda Guerra Mundial y su desorganización posterior por la influencia posmoderna no se realiza una atribución clara del fenómeno más allá de señalar la responsabilidad que en el mismo han tenido tanto una moda intelectual procedente de la filosofía y la crítica literaria como la propia crisis del marxismo. Y sin embargo, parece claro que una situación semejante no es imputable al propio desenvolvimiento de la disciplina, por lo que una reorganización de la misma nunca podría ser un remedio suficiente. Incluso cuando esa reorganización afecte al núcleo de los problemas que padece la historiografía en la actualidad y que Aróstegui sitúa correctamente en la representación del conocimiento histórico.

El desafío planteado a los historiadores es conocido. Para una parte importante del pensamiento actual el discurso ficcional y el histórico son equiparables, sin que quepa reivindicar para el segundo un mayor contenido de verdad. Aróstegui reacciona contra estas posiciones vigorosamente. En su opinión lo que distingue ambos discursos es que el histórico, a diferencia del literario pongamos por caso, es además de narrativo, argumentativo y explicativo. El discurso histórico, reconoce, integra narraciones, pero no es un discurso narrativo sino argumentativo. La solución de Aróstegui al problema planteado por el pensamiento posmoderno nos parece formal. Depende exclusivamente de una definición restrictiva del concepto de relato que lo asimila a la narración. Otra forma de enfocar el problema podría ser hacer de la posibilidad de construcción de un discurso histórico verdadero algo no imputable al desarrollo de la disciplina sino a una determinada situación de la cultura en una sociedad dada.

Los argumentos y explicaciones que, según el autor integran el discurso histórico habrían de representar una sociedad que, al menos a efectos del trabajo del historiador, es entendida como un sistema. Esto no significa negar la trascendencia de la acción humana, sino tan sólo proponer una determinada concepción de lo histórico que lo hace depender precisamente de la tensión dialéctica entre acción y estructuras. Se trataría de construir un modelo de explicación que el autor denomina agencial-estructural y que trataría de evitar los excesos de las posiciones subjetivistas y estructuralistas. La explicación de un proceso histórico, dice el autor, no sería, según el modelo propuesto, otra cosa

que la «demostración del grado de correlación existente entre las estructuras de una determinada situación social y la conciencia que tienen de ellas los sujetos que las integran para obrar en consecuencia». Con todo, y por más que se puedan reconocer méritos a la solución propuesta, dista de ser enteramente satisfactoria. Permanece en pie el problema capital de la forma en que se establece esa correlación por lo que la demostración de la misma se nos antoja muy dificultosa. Precisamente, la reclamación de la superioridad del marxismo para el análisis social e histórico se hacía porque éste proporcionaba una relación plausible entre sujeto y estructura que ahora nos parece cuando menos insuficiente.

En definitiva, las operaciones críticas que Aróstegui somete a la práctica de la historia no pueden superar las determinaciones impuestas por la situación cultural del capitalismo tardío y son responsables de sus insuficiencias, pero ordenan el camino y hacen de la historiografía una disciplina mejor asentada. De forma que, de seguirse sus indicaciones, una deseable recuperación del saber histórico contaría en un futuro con una situación de partida más favorable para que la disciplina ocupe un lugar central dentro del conjunto de las ciencias sociales.

*José Javier Díaz Freire*

BACON, J.F., *Seis años en Bizkaia* (introd. y anotación del texto: J.R. Urquijo y Goitia; trad: J.R. y M. Urquijo y Goitia), Diputación Foral de Gipuzkoa, 1994, 372 pp.

Todos los que hemos estudiado el período correspondiente a la crisis del Antiguo Régimen en el País Vasco hemos consultado esta interesante obra de John Bacon, que fue uno de los corresponsales extranjeros «avant la lettre» de la primera guerra carlista. La reciente edición preparada por J. R. y M. Urquijo nos da la oportunidad de poder contar por vez primera con una traducción completa del original, traducción que supera totalmente, como luego explicaremos, la primera que fue realizada en el XIX por V. L. Gaminde y, que, por cierto, volvió a ser impresa ahora hace veinte años en una deficiente edición de la que es mejor no acordarse. Dado que esta obra de Bacon es muy bien conocida por los historiadores del País Vasco, no nos detendremos en comentar sus características a fin de poder señalar los méritos que encierra esta nueva edición. Sólo recordaremos cómo este liberal inglés escribió una vívida crónica de la primera guerra civil, donde además de dar a conocer a los lectores ingleses de la época los sucesos de aquella contienda, pretendía también un fin propagandístico como era el contrarrestar la versión favorable al carlismo que propagaron otros viajeros británicos que visitaron el campo de batalla. La lec-